



Alcances y limitaciones de la cooperación para el desarrollo. Una reflexión

Tania Molina del Villar¹
Ricardo Zárate Gutiérrez²

La Cooperación al Desarrollo no ha propiciado un cambio sustancial en las condiciones económicas, políticas y sociales de los países no desarrollados. Se otorga ayuda fundamentalmente financiera, sin ningún interés para que los países receptores salgan de su estado de subdesarrollo, y más bien se convierte en un mecanismo para que los países desarrollados continúen y refuercen su hegemonía económica y política.

El concepto de Desarrollo está determinado por el propio interés político, social y económico de las interpretaciones teóricas predilectas – o dominantes – de quienes reflexionan al respecto. De esta manera, no es posible encontrar un concepto único de Desarrollo con el que las diversas corrientes del pensamiento puedan identificarse o coincidir. Se trata más bien de un concepto que varía no solo por el argumental teórico que hay detrás, sino que cambia en el tiempo según lo hacen las propias condiciones del entorno.

ININEE CIENCIA Revista de Divulgación Científica, 1(2) Julio-Diciembre 2023. pp: 34-41.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International

¹ Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: t.molinadv@yahoo.com

² Universidad Nacional Autónoma de México. Correo electrónico: ricardozg5@yahoo.com.mx



El Desarrollo económico no es sinónimo de Crecimiento económico, son dos conceptos separados. El Desarrollo adquiere una dimensión más humana (Malgesini, 1997: 66), que va más allá del incremento del producto, lo esencial es cómo se distribuye la renta, se satisfacen las necesidades más apremiantes y se eleva el nivel de vida de la población.

El desarrollo y el subdesarrollo son dos caras de una misma moneda, dos estadios ampliamente interrelacionados. De ahí, surge la inquietud de reflexionar sobre el alcance de la Cooperación Internacional al Desarrollo (CID), por considerar que debe existir una disyuntiva de política económica para los países desarrollados entre mantener su poderío económico y político y la responsabilidad que entraña una verdadera cooperación hacia los países no desarrollados.

En este sentido, a partir de un argumento presentado por uno de los más importantes historiadores de la tecnología, David S. Landes (1999) en su libro “La riqueza y la pobreza de las naciones”, es de interés particular reflexionar sobre el papel que juegan los países del Norte – centro o desarrollados – como impulsores del desarrollo de los países del Sur – periféricos o subdesarrollados. En palabras de Landes:

“... Algunos países no sólo no mejoran, sino que se están empobreciendo, en términos relativos y en ocasiones absolutos. Otros se limitan a mantenerse con lo suyo. Otros se recuperan. Nuestra tarea (la de los países ricos), en interés tanto nuestro como el suyo, es ayudar a los pobres a adquirir más salud y prosperidad”.

A unas palabras que parecen tener un alto grado de compromiso hacia el Sur, con intereses tan loables, Landes continúa:

“En caso contrario, tratarán de apoderarse de lo que no pueden producir, y si no pueden obtener ingresos exportando mercancías exportarán personas. Dicho en otras palabras, la riqueza constituye un imán irresistible y la pobreza es un contaminante que puede ser muy molesto: no puede aislarse, de modo que nuestra paz y prosperidad dependen a largo plazo del bienestar de los demás”.

Si bien Landes no es un estudioso sobre temas de CID, si refleja la postura de algunos gobiernos y de amplios segmentos de la población de los países del Norte, lo que se traduce en actitudes xenofóbicas y de

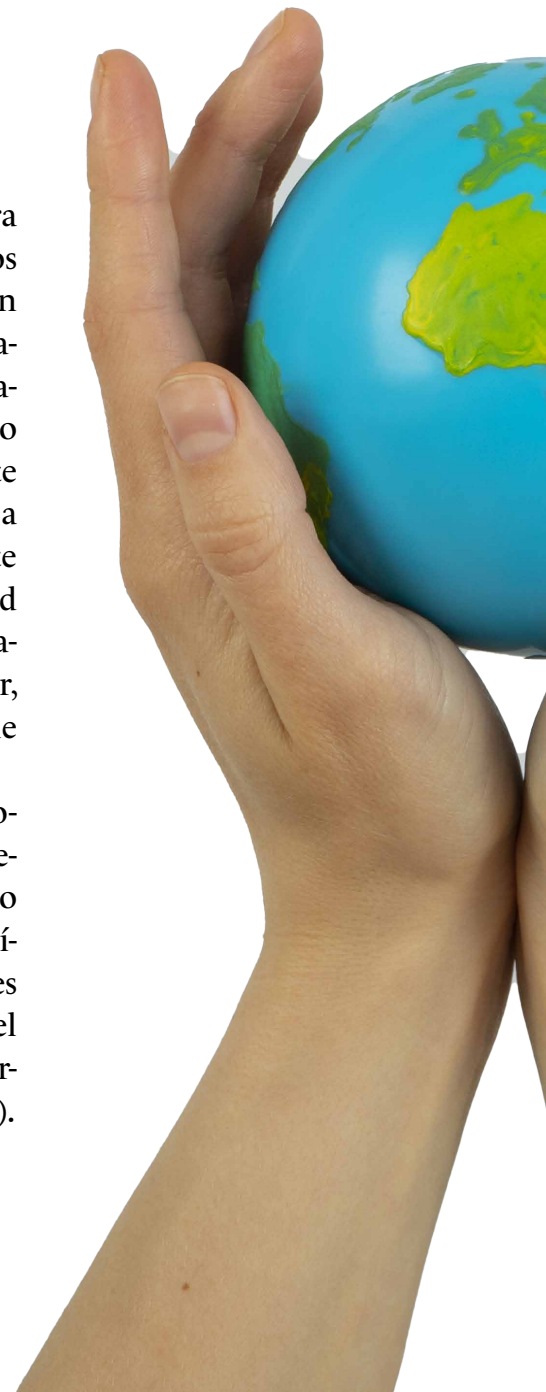
discriminación. De ahí que se pretende reflexionar sobre si la CID tiene un interés realmente incondicional para paliar los problemas económicos, políticos y sociales del Sur, o si es un mecanismo para evitar flujos migratorios, o se otorga ayuda para perpetuar y reforzar la hegemonía económica y política del Norte.

La presente reflexión abordará tres aspectos. Primero, se ve si el desarrollo y el subdesarrollo son parte de un mismo problema. Segundo, se expone cómo la CID se ha transformado de su conceptualización original. Finalmente, reflexionamos sobre los alcances de la CID.

Desarrollo y subdesarrollo, ¿dos caras de la misma moneda?

Más allá de la idea de Landes sobre la tarea de los países del Norte para contribuir a la prosperidad de los países pobres, ¿por qué ayudar a los países del Sur? ¿el Norte tiene alguna responsabilidad de la situación del Sur? Al respecto, se puede asumir que el Norte no tiene responsabilidad alguna de la pobreza del Sur y la CID es una loable preocupación por la solución de las dificultades de los países pobres. O, por lo contrario, autores como Rodríguez (1997: 26), señalan que “El Norte debe sentirse... en deuda con los países del Sur a los que ha explotado a lo largo de su historia, marginándolos a la periferia del sistema...”. Este planteamiento no sólo conduce a pensar en el grado de responsabilidad del Norte, sino que el desarrollo de los países avanzados está íntimamente relacionado con la pobreza y la marginación del Sur. Es decir, el desarrollo y subdesarrollo son dos caras de una misma moneda que produce una alta disparidad a escala mundial.

Diversas corrientes teóricas señalan que el subdesarrollo es un producto histórico del desarrollo de los países avanzados. La teoría de la dependencia indica que el subdesarrollo tiene su origen en el capitalismo monopolista y el imperialismo que, por mantener la ventaja de los países desarrollados, configuran relaciones que perpetúan las disparidades entre ambos. Por su parte, Samir Amin sostiene que el crecimiento del centro se produce a expensas del atraso de la periferia, mediante el intercambio desigual y el ajuste de la balanza de pagos (Malgesini, 1997: 65).



El subdesarrollo, por tanto, encuentra sus causas en las relaciones que históricamente han configurado la subordinación entre el Norte y el Sur. Por ejemplo, los países de América Latina, desde la Colonia, forjaron una estructura productiva basada en el abastecimiento de metales preciosos y productos agrícolas hacia la Corona española. En el siglo XIX, durante la hegemonía británica, los países latinoamericanos se incorporan a la economía internacional a través de un patrón de especialización centro – periferia (Sunkel, 1998), con exportaciones de bienes primarios a cambio de importaciones de bienes manufactureros. Esta situación de supeditación de América Latina no cambia con la hegemonía estadounidense, sino que se intensifica.

Actualmente, con el proceso de globalización el escenario mundial se caracteriza por una integración sin precedentes de la producción y de los mercados comerciales y financieros, pero también grandes disparidades en un mundo bipolar, donde coexisten un Norte cada vez más rico y un Sur cada vez más pobre, y donde además hay nortes dentro del Sur.

La forma de producción con el proceso de globalización tiene pautas de organización en las que el establecimiento de empresas multinacionales (EMN) en el Sur responde al aprovechamiento de ventajas en costos laborales, disponibilidad de recursos y grandes beneficios fiscales. Prácticas que afectan las estructuras productivas de los países subdesarrollados, así como generan empleo también propician una baja articulación económica, cierre de empresas nacionales y destrucción de cadenas productivas, sin contar que su establecimiento puede ser provisional y producir amplias desigualdades debido a los procesos de localización, aglomeración y centralización de la actividad productiva. La presencia de las EMN, además, provoca deterioro de los términos de intercambio, al ser éstas las que mantienen el monopolio de la demanda, favoreciendo la imposición de precios a los pequeños y dispersos productores en los países del Sur (Rodríguez, 1997: 16-17).

La globalización es, por tanto, un proceso asimétrico y desigual con efectos múltiples sobre el sistema de relaciones internacionales. Alonso (1999: 19) califica a este proceso como asimétrico en tanto “no afecta a todos los ámbitos de modo similar: mientras determinadas relaciones – movimientos de capital, por ejemplo – están altamente integradas, otras – movimiento de personas y acceso a las tecnologías – se encuentran sometidas a regulaciones notablemente restrictivas; es desigual porque no afecta de modo similar a todos los países, mientras el gra-



do de integración entre los países industriales es elevado, áreas enteras del mundo en desarrollo – como África Subsahariana – permanecen al margen de las tendencias que impone el mercado mundial..”

Resulta difícil separar los conceptos de subdesarrollo y desarrollo. El tipo de relaciones entre los distintos países históricamente ha conformado un escenario muy dispar. La propia evolución del sistema económico internacional no ha hecho más que ampliar la brecha existente entre el Norte y el Sur al mantener y perpetuar las condiciones de subordinación y explotación.

Limitaciones de la cooperación para el desarrollo

La CID se concibió originalmente como un mecanismo para ayudar a la recuperación de los países centrales después de la Segunda Guerra Mundial. Según Alburquerque (1992: 22), como el desarrollo dependía fundamentalmente de un mayor crecimiento industrial del centro, a los países subdesarrollados se les otorgaba cierta ayuda para aliviar situaciones de adversidad y penuria económica.

Dicha concepción es contradictoria en sí misma; de un lado, es un sistema de ayudas que perpetúa la hegemonía del centro y amplía las disparidades existentes a nivel mundial y, de otro lado, ve al subdesarrollo como estadio inferior del desarrollo que importa a los países receptores el sistema impuesto para la recuperación europea y japonesa tras la contienda bélica, ignorando las diferencias estructurales entre los países. Como el desarrollo se asociaba al crecimiento, se dice que el impedimento fundamental de los países subdesarrollados es su baja capacidad de ahorro e inversión, por lo que el apoyo financiero lograría un crecimiento económico autosostenido.

Aunque este planteamiento fue clave para la recuperación de Europa Occidental y el Japón, no corresponde a la experiencia del Sur. Pese a la gran destrucción de la planta productiva de dichos países, existía un tejido productivo articulado con el que los flujos financieros apoyarían la reconstrucción y se reactivaría el ciclo de acumulación. En contraste, el sólo apoyo financiero a países con estructuras productivas desarticuladas lleva a una mayor disparidad al aumentar la importación de los bienes no producidos internamente (que no corresponden con el monto por las exportaciones), derivando en problemas de balanza de pagos.



Pese a que la conceptualización de desarrollo se ha transformado en el tiempo, las disparidades entre países continúan y la CID no logra resolver los problemas que dicha disparidad conlleva. Además del poco interés de los países del Norte para atacar de fondo los problemas del subdesarrollo, el intenso proceso de reestructuración tecnológica, productiva, comercial y financiera ha desembocado en una progresiva marginación de los países subdesarrollados (Alburquerque, 1992: 23).

En un escenario global es evidente la necesidad de una solución también global a los problemas del Sur. No basta con ayudas financieras, sino de una CID que permita la integración de los países del Sur en condiciones de igualdad al mercado mundial. En palabras de Alburquerque (1992: 25), la CID debe orientarse "...hacia la potenciación de las actividades productivas en los países subdesarrollados, con la finalidad de que éstos sean capaces de generar procesos de crecimiento económico autosostenido...". Más allá de la ayuda financiera, se deben realizar tareas dirigidas al desarrollo de capacidades tecnológicas y a la mejora de los niveles de cualificación. Todo ello elevará la competitividad al mejorar las condiciones productivas, logrará una mayor articulación y disminuirá la dependencia, mejorando la inserción externa.

Imagen Freepik.com



Alcances de la cooperación para el desarrollo y sus objetivos reales

Si bien los problemas de los países subdesarrollado son diversos y entrañan graves deficiencias estructurales, la CID poco ha hecho para propiciar un cambio estructural en los países del Sur que permita mejorar los niveles de vida de la población, logre una equitativa distribución del ingreso, un tejido productivo articulado basado en el desarrollo de capacidades tecnológicas y altos niveles de cualificación y formación profesional.

Contrario a propiciar un cambio sistémico la CID, en general, no obedece a los intereses y necesidades de los países del Sur, sino que tradicionalmente responde a las conveniencias estratégicas y geopolíticas del Norte y a los intereses económicos y comerciales de las EMN.

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ha señalado que la asistencia al desarrollo está fuertemente distorsionada y no ayuda en modo alguno a propiciar un desarrollo preservador. En este sentido, la CID no es un instrumento adecuado para fomentar el desarrollo y la autonomía de los países receptores; por lo contrario, distrae la atención sobre las auténticas causas internas y externas de la pobreza, la marginalidad y el subdesarrollo (Fisas, 1995: 17).

Pese a que los países donantes asumen verbalmente la importancia de destinar los recursos a la reducción de la pobreza, en la práctica subsisten prioridades de carácter comercial y político que ligan la ayuda a los intereses de los donantes. Cabe mencionar que la CID no necesariamente está dirigida a campos prioritarios del desarrollo humano, en algunos casos está ligada a la compra de bienes y servicios provenientes del país donante o tiene objetivos militares.

Países como Japón, Italia y Estados Unidos basan su ayuda en préstamos y líneas de crédito, que condicionan a los receptores a la compra de bienes y servicios que subvenciona las exportaciones del país donante. Este tipo de ayuda aumenta los costos y limita la competencia, siendo un freno para el desarrollo de las industrias y tecnologías locales, aumentando la dependencia de los receptores hacia el donante.

Finalmente, mientras los estudiosos de la CID plantean una solución global a los problemas del subdesarrollo, los países centrales la ven como mecanismo para incrementar unilateralmente los flujos comerciales y financieros, perpetuando su liderazgo y hegemonía a nivel mundial.

Referencias

- Albuquerque, F. (1992). Hacia una nueva conceptualización de la cooperación internacional para el desarrollo. *Cooperación al Desarrollo*, No. 702.
- Alonso, J.A. (1999). Tendencia y retos en el sistema internacional de ayuda al desarrollo. *Estrategias para la Cooperación Española*.
- Fisas, V. (1995). La ayuda oficial, desarrollo y desafío de las necesidades humanas. *Papeles*, No. 55.
- Landes, D. (1999). *La riqueza y la pobreza de las naciones*. Editorial Crítica, Barcelona.
- Malgesini, G. (1997). *Desarrollo, mal desarrollo y cooperación al desarrollo*. Seminario de Investigación para la Paz. Ed. Gobierno de Aragón.
- Sunkel, O. (1998). Desarrollo e integración regional: ¿otra oportunidad para una promesa incumplida. *Revista de la CEPAL*, número extraordinario, octubre.

